

Amador Palacios

Suite de la casa de campo
(2^a edición)



Patronato Municipal de Cultura
De Alcázar de San Juan
1998

Edita: Patronato Municipal de Cultura c/ Goya, nº 1 13600
Alcázar de San Juan
D.L.: CR-33-98
I.S.B.N.: 84-87106-34-X

Portada:

Gregorio Prieto. Fundación Gregorio Prieto. Valdepeñas.

Ilustraciones interiores:

Olegario Sánchez (Pág. 11).

José María Rufo (Pág. 19).

Xaro (Pág. 31).

NOTA A ESTA SEGUNDA EDICIÓN

Más de tres lustros lleva este opúsculo, este librito, este poemario escrito. Fue nacido en el periodo estival de 1980; algunas efemérides españolas de aquel año: Estatuto de Autonomía para Cataluña, crisis de la UCD, creación del Tribunal Constitucional y del Defensor del Pueblo, intensa actividad terrorista del GRAPO y del Batallón Vasco-Español, producción de mil parados nuevos por día, magnas exposiciones de Tàpies y Chillida en Madrid y de Picasso en Nueva York ...(1)

Los diez poemas que lo componen están dictados entre Cinco Casas, Manzanares, Alcázar de San Juan y Toledo (donde yo vivía entonces), porque pasábamos mi familia y yo una placida estancia programada para quince días en un chalet de la pedanía citada en primer lugar (la “casa en el campo” del título, y ese sinestésico veranear fue gozosamente quebrado por el inesperado nacimiento (faltaba un mes para “salir de cuentas”), de mi hijo Miguel, que hoy es un mozalbete de largas melenas y recias mandíbulas; el chico prematuro y la joven madre fueron ingresados en la “Residencia” de Manzanares, y yo, mientras Miguel iba ganando peso en una incubadora, iba y venía, ora a estar con la mamá y el vástago, ora a dejarrecados a mis suegros, de Alcázar, ora a Toledo porque yo había agotado mi permiso; iba y venía en esos trenes que enlazan estas poblaciones castellano-manchegas mentadas; sudaba hasta el delirio en esas bochornosas “unidades” que todavía siguen rulando, repintadas. Una gran parte de los versos que se pueden leer a continuación se memorizaron o se gestaron o se bocetaron en esas atalayas móviles del paisaje que son los trenes que circulan, a la vez, lentos, desvencijados y vertiginosos, por las llanuras que circundan a los lectores de “Tesela”. Y de ese trasiego creo que están impregnadas muchas estrofas de esta “suite”.

Este librito, poemario, poema largo o *plaque* se publicó por primera vez en el espacio que me correspondía de una *Antología poética de autores albacetenses* (2), que, si bien digna en estructura y contenidos, mostraba en continente tan pesado (un kilo de volumen, según mi báscula, repartido en la periferia de un metro de cubierta de dudoso “diseño”), que se equiparaba así como el virtual anuario del cordel español.

Cuando escribí esta “suite” no había cumplido yo entonces aún los veinticinco años, aunque bien poco me faltaba; en todo caso, no había alcanzado todavía esa madurez literaria que muchos críticos cifran a los treinta años de la edad. Hoy, con más de quince más a mis espaldas y un “pelín” más de cuarenta en el registro inexorable, no sé si he madurado (poética o psicológicamente), pero lo seguro es que mi poesía de ahora (ciertamente alumbrada ¡ay!, con escasa frecuencia), dista mucho de parecerse, al menos en cuanto a apariencia formal, a la que en este preciso instante tiene el “estresado” lector en sus manos. Las influencias que recibía hace ya casi veinte años, entre pitos y flautas, este humilde poeta tan variado; nuevos conocimientos han sido adquiridos y diversos han densificado la hiel, se han montado en la piel, y ya se sabe: para aprender, perder...

En este preciso tiempo de la redacción de estos poemas yo estaba absolutamente enamorado de la *poesía de creación* del maestro Gerardo Diego, quién incluso personalmente me animaba a seguir con los juegos con que él había tanto jugado; ello se nota, sobre todo, en la elección desmesurada de un léxico rebuscado y en el empleo de la rima interna, cacofónica y cantarina, elementos de los que generalmente reniego. Ya por entonces se me había pasado

en poco ese fervor intenso que desde mis primeros escritos poéticos sentí por Neruda, aunque aquí, y muy al principio, persiste ese fervor en una hermosa cita del telúrico y anchuroso poeta hispanoamericano.

Por otra parte, saltan a la vista, en abundancia, por doquier, esos brillos falaces, cómodos y efectistas que siempre otorgan las palabras proparoxítonas (perdón: esdrújulas); y mi venganza a esos seductores geniecillos burlones existentes en nuestro idioma (¡que se chinchén los franceses, pues no los tienen!) ya quedó expresada en un poema de mi libro *Enemigo admirable* (3), poema que me resisto a copiar:

LAS ESDRÚJULAS

*Las palabras esdrújulas
son hojas de lechuga.
Son friolentas y mienten
aunque haya que aceptar
que su esqueleto es bello
pero su realidad,
un castillo de cartas.
Las palabras esdrújulas
inundan el lugar
Como si esperma fuesen
Trajeron casta nieve
y la luz hecho azúcar
y un canto pasajero
y un cadáver corrupto
Ahora las odio un poco.
Igual que las amé.*

A pesar de estos defectos reseñados (hay más), no he querido ponerme a corregir a fondo esta nostálgica y evocadora (no sólo en lo biográfico) *Suite de la casa en el campo*. Sólo he suprimido el subtítulo que figuraba en la primera edición por inadecuado, impertinente (en un sentido lingüístico) o reiterativo: “Apología encubierta de la llanura de La Mancha”; además, he suprimido también ciertas dedicatorias o muletillas, desfasadas ya desde la perspectiva del tiempo; y, eso sí, he sustituido el epíteto metafórico *inédito* no está mal, y se puede decir que en sus primeros usos fue altamente innovador; pero hoy está tan sobado..., tan asquerosamente gastado este empleo como el de cómplice en el campo conceptual del amor, esgrimido, ¡encima!, hasta la náusea por la presentadora de televisión Isabel Gemio y otros que me caen tan mal.

Para justificarme exhibo esta amplia cita y sabroso trecho de César González Ruano que se muestra en un texto de tenor semejante a este mío:

“Cada libro está en riguroso acuerdo con el “yo” del autor en el momento en que lo hizo. Este “yo” varía evoluciona, mejora acaso sus conceptos, sus experiencias, su modo de hacer y de sentir. Pero a mí me parece que así como un amor que ha sido no puede emprenderse otra vez como quién somos y no éramos entonces, un libro, sobre todo un libro de juventud, no admite correcciones porque habríamos de volverlo a escribir palabra por palabra, ya que hasta palabras distintas se prefieren y usan según la época en que escribimos”. (4)

José Muñoz Rodríguez, un perito agrícola demócrata-cristiano, ya tristemente fallecido, compañero de oficina, en la que yo aquel tiempo curraba, me hizo un suave reproche después de leer el poema “Preludio sobre insectos”, que abre ala “suite”, advirtiéndome que las arañas (verso nº 11) no son insectos sino arácnidos. Bueno, los dejo así.

Amador Palacios

Alcázar de San Juan

primer día de verano, 1997

Notas

- (1) Datos recordados por el volumen *Historia de España*, VV.AA. Historia 16. Madrid, 1996.
- (2) Edición de José Manuel Martínez Cano. Presentación de Alonso Zamora Vicente. Diputación de Albacete, 1983.
- (3) Publicado en la colección “La Joven Poesía”. Ediciones de la Diputación de Albacete, 1994. Pág. 56.
- (4) En “Nota a la tercera edición” de la biografía *Baudelaire*. Colección “Austral”, Espasa-Calpé. Madrid, 1958. Pág. 15.

Suite de la casa en el campo



PRELUDIO SOBRE INSECTOS

A algunos insectos
no los sé nombrar
esos que son duros y estigios,
exageradamente geométricos,
grotescamente acicalados.

Otros son innombrables,
definibles como ambrosías
del pájaro, del agua,
hijos predilectos de la Tierra:
pueden ser diáfanas mariposas,
arrogantes arañas,
decimonónicas libélulas.

Otros son siervos incondicionales
de los dos astros que nos atenazan
y cuando los nombro me sirvo
de las ásperas interjecciones.
Me refiero a la mosca y al mosquito.

Tengo buenas amigas
como deben ser:
modestamente bellas, sosegadas
y nobles:
las cucarachas.

No me quiero olvidar
de los insectos raros y mayores:
las bicicletas*, que derraman
música silenciosa
en los atardeceres,
y los trenes,

ah, los trenes...

** “Pasaron
junto a mí
las bicicletas,
los únicos
insectos
de aquel
minuto
seco del verano
sigilosas
veloces,
transparentes:
me parecieron
sólo
movimientos del aire”*

(Pablo Neruda)

“Oda a la bicicleta”

ADAGIO SOBRE EL SOL

La mañana iza el sol, detrás del álamo,
aun cúmulo insolente:
es la lenta y la rápida y la tenaz carrera
/ hipnótica
que produce el fragor sin sonidos
de la infinita nervadura,
la adulación sacrílega de los pájaros;
por fin, un tremor ceniciento
al ser hendido el cúmulo por el sol.

Luego, abúlicamente el sol conmina
el tren del trémulo horizonte.

Bajo el sol, gleba, arado y campesino
lloran sus ocres llantos yermos.

Un álgido crepúsculo,
un cielo iluminado
de tricolor atardecer
pospone al sol de nuevo tras el álamo.

Junto al exuberante sol entumecido
el árbol se desangra
en el deceso del agua.

***ALLEGRO CON BRÍO SOBRE
LAS CARRETERAS BAJO EL CENIT***

Las carreteras, cauces
del aire, de algunos alevosos
/ velocípedos
de informes máquinas agrícolas,
de algunas delirantes jóvenes ajadas,

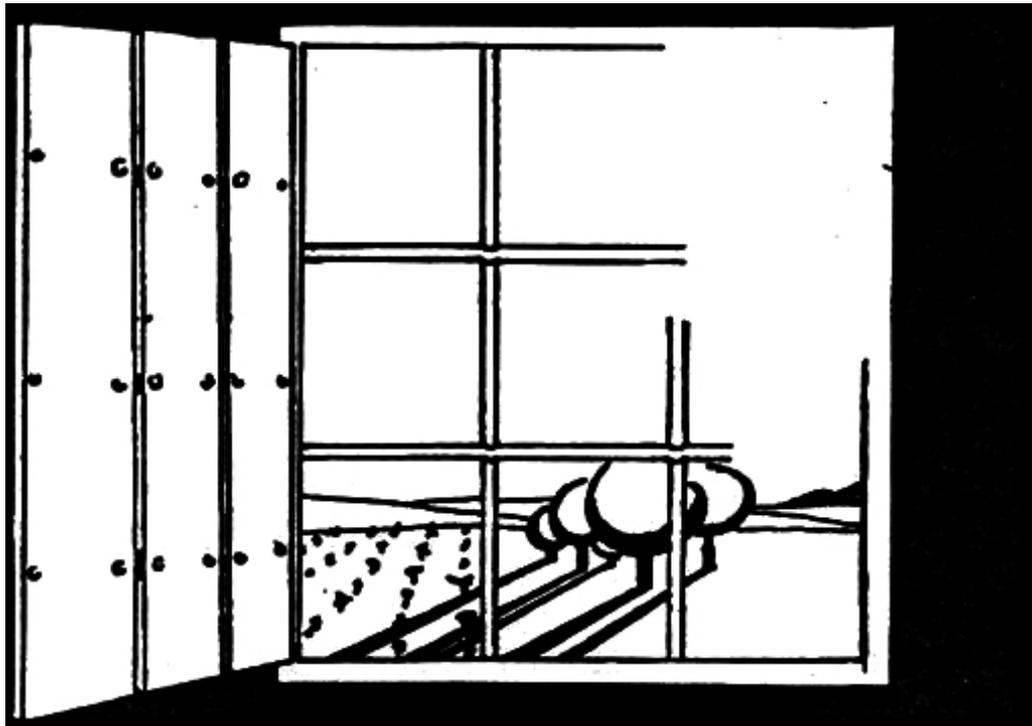
amedrentadas las carreteras
por las cardenchas,

incontroladamente se retuercen
por la infernal llanura,
viles, sumisas a la sorda llaga
que ha perpetrado el cenit terco.
Sesgan, flamígeras, exiguas
poblaciones y las incendian
con sus injustos grises
para siempre.

Salen las carreteras
de las infortunadas poblaciones,
iracundas, inaccesibles,
despellejadas, polvorientas,
hacia el incógnito horizonte.

Requiescant In Pace
en el incógnito horizonte,
tibias, trémulas, tristes,
luego de haberse retorcido
incontroladamente,
viles, sumisas a la sorda llaga
que perpetró la terquedad del cenit

sobre la llanura infernal.



VALLS SOBRE EL CAMPO AMARILLO

*“... el sol microscópico
se abate sobre la mies”*

(Gerardo Diego)

SOBRE el campo amarillo
cinco encinas distantes

pierden pie sus raíces
en la tierra famélica.

Casi desaparecen
en la duda amarilla.

Hunden sus pétreos troncos
en la sed cenicienta.

Sus hojas de madera
el amarillo campo

besan al fin, extáticas.
El extático campo,

la extensión rubicunda,
a la par conminada

por hidrópicas vides,
por barbechos impúdicos

y algunos girasoles,
acrecienta su fiebre,

se estremece, se ondula,
las encinas levanta

en el atardecer,
durante noche y alba.

Sobre al campo amarillo,
cinco encinas distantes

bajo el cielo taimado.

ESPINELA PARA ESPINETA

BAJO el arco cenital
los hidalgos caballeros
hienden, con sus escuderos,
atmósferas de cendal,
cómplices de la abismal
hora de sal.

En las siestas
las pesadillas funestas
enarbolan la figura
versátil en la llanura
de sus prodigiosas testas.

RONDÓ SOBRE LOS TRENES

AH, los trenes...

Ceñudos,

hipermiopes,

tremolantes

en la impertérrita lontananza,

impávidos

en la temblante lejanía.

Huéspedes honoríficos

de la exangüe llanura.

Trenes veloces,

irisados.

Expresos lentos,

cenicientos.

Red de locomotoras

asmáticas, convulsas

en el apuntado mediodía.

Carruaje postal

feneciendo en la atmósfera de cal.

Ay, los trenes...

Repentino mustélido

tras el amanecer.

Siempre crepuscular sierpe viscosa
aunque en la noche tímida luciérnaga.

Ay, los trenes...

Impiden

el enunciado de mi pasión,

su perentoria definición.

***CANCIÓN, A MODO DE INTERLUDIO,
SOBRE LA ESTACIÓN DE FERROCARRIL***

BRUÑE con talco el balbuciente Febo
La estación tumefacta.
La arroja súbito vinagre
Una nube minusválida.

Pero cualquier atisbo de cúmulos osados
/ deja paso
Al sol, ya olímpico, sobre la olimpiada
Del insomne carril en la llanura
que sesga la estación, silentemente
/ menazada.

El agua al borde del andén
Y el humo encalla
En el éter impuro de la tarde
Y en el silencio agudo la chicharra.

En posición sedente, constreñida
En el crepúsculo a levar el ancla
Y caminar de espaldas, la estación
Camina hacia la inútil lontananza.

FUGA SOBRE LA MUDA PANORÁMICA

LA mariposa aplaca
la silente locura de las vides.

Los girasoles más ilusos corren
hasta los flancos del ferrocarril
para luego querer tornasolarse
con impotencia pertinaz
ante la procesión de los vagones.

Rala santidad.

Más allá una excepción
de álamos o cipreses.

El aspersor escupe
sobre la gleba impúbera
una triste canción de grillo afónico.

La estigia mosca ditirámica,
de color esmeralda,
altera las sonámbulas disposiciones
de la móvil quietud
que decreta la luz.

Aprisco, brocal próximo,
contigua casa de labranza

y mi “casa en el campo”
se nimban.

Algunas sombras
y el rastrojo fútil
producen un delirio
falso y ártico.

Una nube revela
el conjunto de pagos fotográficos.

La trepidante e insonora
bestial máquina agrícola
liba su aceite en la calina.

Detrás del horizonte
quizá existan
pabellones incógnitos
y oníricos.

ZARABANDA SOBRE EL BAÑO NOCTURNO

SALEN, bronceados, de entre una incierta luz

Codiciados por la penumbra voluptuosa,
Les inunda un segundo de plata
antes de sumergirse y tatuarse
de las ebúrneas mieses
que la luna germina en el agua.

Tras ser majestuosas estelas de mercurio,
Un clamor mudo de oro blanco ostentan
en la epidermis de platino, “ex aequo”.

Bellos faunos de níquel
en la noche de acero.



Xiao 92

CUARTETO SIN ESTRELLAS

EL “pizzicato” que ejecuta
el nocturnal violín hermético
cae de la bóveda sin estrellas
con la saña de la felicidad.

índice

Nota a esta segunda edición.....	3
Preludio sobre insectos.....	13
Adagio sobre el sol.....	15
Allegro con brío sobre las carreteras bajo el cenit.....	16
Vals sobre el campo amarillo.....	21
Espinela para espineta.....	23
Rondó sobre los trenes.....	24
Canción, a modo de interludio, Sobre la estación de ferrocarril.....	26
Fuga sobre la muda panorámica.....	27
Zarabanda sobre el baño nocturno.....	29
Cuarteto sin estrellas.....	33